

EL MARISCAL DE LAS TINIEBLAS

LA VERDADERA HISTORIA DE BARBA AZUL

JUAN ANTONIO CEBRIÁN

temas de hoy. *nombres de la historia*

Edición no venal

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni
parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

© Juan Antonio Cebrián, 2005

© Ediciones Temas de Hoy, S. A. (T.H.), 2005

Paseo de Recoletos 4. 28001 Madrid

www.temasdehoy.es

Compuesto en J.A. Diseño Editorial, S.L.

Printed in Spain. Impreso en España

ESCOLTA Y PROTECTOR DE JUANA

La relación humana y espiritual entre Gilles de Rais y la Doncella de Orleans se nos antoja singular y, a tenor de los acontecimientos, casi simbólica, pues lo cierto es que por capricho del destino se unieron en aquel inusitado esfuerzo dos almas teñidas por el blanco y el negro. En el caso de Juana, su pureza, inocencia y convicción dejaban atónitos a los que se acercaban a su mensaje, dispuestos a comprobar o atisbar cualquier signo de engaño. En cuanto a Gilles, a estas alturas de la historia, nadie dudaba acerca de su compleja personalidad. En aquel tiempo aún no había ratificado su condición de cruel asesino infanticida. Sin embargo, muchos de sus iguales sabían que el barón de Laval era hombre por cuyas venas circulaba una sangre tan gélida como los glaciares de las montañas, habiendo ya acreditado un número creciente de muertes por su mano y orden. Desde los dieciséis años, época en la que comenzó a guerrear bajo la bandera del duque Juan V de Bretaña hasta la fecha en la que entró al servicio personal del delfín Carlos, sus condiciones como combatiente mejoraron de forma sobresaliente. Durante sus primeras acciones de guerra enmarcadas en los litigios que enfrentaron a las casas de Montfort y de Penthièvre, Gilles demostró una inusual pericia con las armas, arremetiendo contra el enemigo sumido en una ignorancia, consciente o no, de los peligros que se cernían sobre él. Luchaba con

valor propio de héroes protagonistas de leyendas y romanceros populares. Sus compañeros aseguraban que un espíritu demoníaco le poseía cada vez que la sangre afluía en el combate; quizá no les faltaba razón al comentar dicho comportamiento. Pues la verdad es que Gilles disfrutaba con la guerra, era como un juego para él: cabalgar a lomos de su caballo favorito, *Noisette*, desenvainar su espada y medirse con el enemigo en singular duelo, nada mejor para un hombre de armas francés, educado para la guerra y preparado para morir si fuese necesario. Gilles se sabía paladín y alardeaba de su destreza con la mayor de las elocuencias. Sus hombres le seguían absolutamente motivados, bien por el miedo que inspiraba su jefe, bien por el honor que suponía entrar en combate al lado de un campeón tan excepcional como era él.

A los veintidós años organizó su propio ejército pagado de sus arcas; no en vano en su blasón confluían tres grandes fortunas que le aupaban a lo más alto en cuanto a la riqueza que atesoraba Francia. Tan sólo el rey se situaba por encima de su escudo, y, a decir de muchos, ni siquiera eso. Fue entonces cuando se puso con sus soldados bajo el mando de Arthur de Richemont, hermano de su señor el duque de Bretaña y condestable de Francia. Juntos dirigieron sus tropas rumbo a Chinon dispuestos a una última defensa desesperada en torno al delfín Carlos VII. Corría el año 1427. Durante los meses siguientes, Gilles se distinguió ante los suyos luchando en pequeñas pero encarnizadas refriegas contra los ingleses. La furia le dominaba en aquellos envites, a tal punto que parecía ariete de las tropas si de perseguir al enemigo se trataba. En numerosas ocasiones sus lugartenientes debían frenarle ante un ímpetu casi suicida; para Gilles la muerte carecía de importancia ante la posibilidad de satisfacer su rabia interna. En todo caso, algunos nobles cruzaron apuestas sobre el tiempo que le quedaba al barón de Laval en este mundo cubierto por las llamas del odio. Sin embargo, un hecho insólito frenó en seco la angustia de aquel guerrero, nos referimos, claro está, a la aparición en Chinon de Juana de Arco. Hasta entonces, Gilles había escuchado

como tantos las diferentes versiones que circulaban sobre aquella campesina loca que intentaba por sí sola salvar a la afligida Francia. La mayor parte de la gente que escuchaba esas narraciones soltaba de inmediato una estruendosa carcajada, aunque existía un pequeño grupo de nobles que empezó a escuchar con más atención que los demás. Estos aristócratas conocían los rumores populares, las leyendas campestres y, sobre todo, estaban muy avezados en el sentimiento que inundaba el país en aquellos meses de consternación. Sabían que el pueblo sólo se mueve por determinados impulsos que impregnan alma y mente y que muchas veces el aliento que hace mover masas no se encuentra encarnado en la figura de un rey o de un noble poderoso, sino en esas pequeñas sensaciones que provocan la cohesión social en un magma invisible, en el que sentirse unido a un proyecto vital común impele a formar parte de un grupo homogéneo que lucha hasta el fin por eso que llamamos identidad. Estos nobles, concedores de todo ello, iniciaron la senda adecuada que diera cauce a la historia de Juana. La situación era límite y la doncella otorgaba cierto halo de esperanza para aquellas gentes que aún defendían las posiciones de un delfín que, posiblemente, no merecía tal lealtad. Pero era el mismísimo Dios quien venía tras la estela de una simple aldeana que, en todo caso, podría ser manejada según conviniera. ¿Por qué no aferrarse a esa arma secreta enviada por el ser supremo? De todas formas, poco se podía perder ya en esa guerra irresoluble que duraba casi cien años y que parecía arrastrada a un final cuyo triunfo pertenecía, presuntamente, a los ingleses. Nada se perdía con intentar una última táctica inserta en esa estrategia desesperada. Durante días el pequeño *lobby* de nobles defensores de Juana aconsejaron al delfín sobre la posibilidad de recibir a la joven con el propósito de corroborar lo que el vulgo decía sobre ella. Carlos, al que la historia bautizó con el sobrenombre de Bienservido, aceptó el juego propuesto accediendo a una audiencia con la muchacha. La noticia se propagó como la pólvora por las escasas posesiones que aún quedaban libres de ingleses y borgoñeses, con lo que el efecto deseado por aquel pequeño grupo de ca-

balleros empezó a germinar. Muchos dignatarios y vasallos se acercaron a Chinon curiosos ante la singular visita; ya por entonces, una extraña ilusión había prendido en aquellas gentes humilladas y casi abandonadas al dictado del vencedor enemigo. Juana constituía la postrera posibilidad de volver a levantar cabeza frente a la adversidad. La fe se extendió por Chinon a la espera del encuentro entre la elegida de los cielos y el necesitado delfín.

No entiendo cómo es posible que el propio Dios diera consentimiento a la doncella para ayudar a un delfín al que todos consideraban idiota.

Carlos VII era hijo de Carlos VI e Isabel de Baviera, aunque a decir de sus biógrafos y de su propia madre, no era más que un simple bastardo fruto de los amores de Isabel con su cuñado Luis de Orleans. Nacido en París el 22 de febrero de 1403, cuando se encontró con Juana apenas tenía veintiséis años y mantenía un fingido matrimonio con la hermosa María d'Anjou, hija de la absorbente Yolanda de Aragón, quien en realidad gobernaba lo que quedaba de reino. Completando el trío de mujeres influyentes para Carlos VII, se encontraba Agnès Sorel, una bella joven de inmensos ojos azules considerada por los historiadores como la primera favorita real de la historia que acompañó a los monarcas galos. María dio a Carlos un heredero, el futuro Luis XI, mientras que por su parte Agnès le dio cuatro bastardos, siempre queridos por su padre natural, que también provenía de esa condición. Y aunque su madre nunca lo ocultó en determinados círculos, Carlos, consciente o no, mantuvo la incertidumbre sobre su origen legítimo, ni siquiera la casa de los Armagnac deseó enfrentarse al enigma dinástico, y cuando fallecieron Carlos VI y sus dos hijos mayores, no les quedó más remedio que admitir a Carlos como heredero de la corona de Francia.

Pero al no haber sido coronado en Reims, sino en Berry, no se podía considerar a Carlos rey de los franceses. Y de momento se quedó en delfín. El futuro Carlos VII era en sí mismo un contrasentido. Por un lado, tremendamente piadoso y católico, por otro, fervoroso

creyente de la astrología y diversas mancias. Hasta la llegada de Juana a Chinon, en febrero de 1429, casi todos los franceses habían asumido que Enrique VI, el Rey Niño, hijo del célebre Enrique V, sería el nuevo rey de Francia. Pero Dios, san Miguel y las santas Catalina y Margarita habían pensado otra cosa, y ese pensamiento fue grabado en la mente de una doncella analfabeta y algo embrutecida por los rigores del campo. Sólo la convicción y la pureza de espíritu hicieron avanzar a la adolescente, que, tras diez días de marcha nocturna a fin de evitar ser capturada por el enemigo inglés y otros dos días de espera en las inmediaciones del palacio real de Chinon, consiguió ser recibida por el heredero.

Al atardecer del 23 de febrero de 1429, Juana obtuvo el tan ansiado permiso para verse con Carlos y su corte. Sin perder un instante, se adentró por las estancias palatinas escoltada por los caballeros Jean de Metz y Bertrand de Poulengy. La esperaban no menos de 400 nobles y militares que, curiosos y expectantes, deseaban conocer a la supuesta enviada de los cielos. Lo que contemplaron les dejó pasmados. Ante ellos se plantó una muchacha de diecisiete años, de escasa altura y frágil complexión corporal. Su aspecto desató toda suerte de rumores en la sala, ya que ceñía ropajes a la usanza de cualquier muchacho de la época, predominando en la vestimenta un jubón negro, una túnica gris y calzones que la cubrían de la cintura a las piernas. Su pelo estaba recortado de forma redondeada a la altura de la nuca; en definitiva, el conjunto distaba bastante de lo que presumiblemente se le podía atribuir a un heraldo enviado por el ser supremo. A pesar de todo, Juana, sin fijarse en aquellas penetrantes miradas, caminó por el aula palaciega con porte sencillo pero erguido. Sus escoltas cedieron el testigo a Luis de Bourbon, conde de Vendôme, quien señaló a la joven el acceso final hacia el lugar en el que se encontraba el delfín con sus consejeros. Desconfiado, Carlos había urdido una tretra para desenmascarar a la supuesta agorera. El absurdo plan consistía en despojarse de cualquier distinción o signo de realeza, camuflándose después entre la concurrencia, a fin de poner a prueba la

presunta intuición sobrenatural de la joven. Algunos nobles, cómplices de la estratagema, habían oído que Juana afirmaba ser capaz de reconocer al rey de Francia —cuya cara jamás había visto— en cualquier situación que se encontraran. Y pronto elevaron voces intentando confundir a la doncella sobre quién era o no el delfín. Durante minutos se estuvieron señalando unos a otros de forma estúpida bajo frases como: «¡Mirad, ahí tenéis al rey!» o «¡Acudid aquí, pues el verdadero rey es éste!». Ante semejantes sandeces, Juana permaneció impávida, seria y, sobre todo, firme, y sin atender ni un segundo a tanto idiota, avanzó con más decisión que nunca hasta el rincón en el que se encontraba el disfrazado Carlos. Una vez frente a él, se arrojó en actitud de respeto y dijo: «Dios os dé una larga vida, noble rey», a lo que Carlos, ruborizado, respondió titubeante: «Yo no soy el rey». Juana, al escuchar esto, elevó sus ojos azules y replicó: «¡En el nombre de Dios, vos sois el rey, vos y ningún otro!». Era evidente que la doncella había superado con creces la primera prueba y el delfín, una vez descubierto, le dio el uso de la palabra para que ella expusiera el mensaje que traía. Juana, sin dilación, comenzó un lacónico discurso en el que pedía tropas para liberar la plaza de Orleans, prometiendo al delfín que, una vez esto fuera concluido, le conduciría a Reims, donde por su mano sería ungido y coronado tal y como ordenaba la voluntad de Dios. Tras escuchar estas palabras, el delfín le pidió alguna prueba sobre la veracidad que contenían sus voces sobrenaturales. Juana le dijo entonces que le preguntase lo que él quisiera recalcando que le podría ofrecer la solución sobre la eterna duda que le acompañaba desde la cuna. En ese momento, el rostro de la joven se acercó a uno de los oídos de Carlos musitando unas palabras que iluminaron la faz del futuro rey. Algunos suponen que la muchacha le desveló quién era su verdadero padre, otros aseguran que le transmitió una oración rezada por él en secreto desde niño. El caso es que Carlos, estupefacto por la serenidad de Juana, se retiró unos segundos para conversar con sus asesores y para solicitar el consejo de su suegra, Yolanda de Aragón. Tras un intenso debate, el grupo determinó que,

antes de aceptar la ayuda ofrecida por Juana de Arco, ésta debería someterse a los dictados de un tribunal inquisitorial donde se intentaría averiguar si la campesina era hereje, bruja o por el contrario decía la verdad. Juana de Arco fue enviada a Poitiers, donde la esperaban obispos, sabios y médicos dispuestos a evaluar de forma implacable la situación psíquica de la muchacha. El resultado no pudo ser más contundente, sentenciándose que Juana, lejos de transgredir las leyes eclesiásticas, se encontraba inmersa en la actitud más pura y fervorosa que ningún francés viera jamás. Con el beneplácito de teólogos y demás sabios del reino, la doncella regresó a Chinon, donde la esperaba Gilles de Rais, convertido en su flamante escolta y protector a petición del propio delfín. Guilles había creído desde el primer momento en la historia de Juana y, a decir verdad, su actitud fue ejemplo para otros nobles, como sus primos Guy y André de Laval o el duque d'Alençon. Estos curtidos militares impusieron su criterio ante los escépticos y, dada su fuerza y ascendencia sobre otros linajes, en poco tiempo los seguidores de la doncella se multiplicaron por doquier. Guilles, desde que la vio por primera vez, supo que ella sería el principal estímulo para su atormentada vida. Por eso, no dudó ni un instante en aceptar el mandato real, poniendo a disposición de la joven cuanto material quisiese emplear para la campaña que estaba a punto de emprender. El ardoroso militar cambió su actitud siempre agresiva por otra bien distinta en aquellos días de febril actividad en Chinon y en diferentes ocasiones buscó el tiempo necesario para encontrarse con la doncella dispuesto a sostener largas conversaciones que encendieron aún más su fe en ella y en la santa misión de la que era emisaria. Juana, que también simpatizó de inmediato con Gilles, le hizo confidente de cuatro promesas que pronto habrían de cumplirse. La primera y más urgente era que ella, con las tropas de Francia, pondrían fin al sitio de Orleans; la segunda, que sus manos coronarían al delfín en Reims para sosiego del pueblo francés; un tercer compromiso pasaría por la recuperación de París, ciudad que permanecía ocupada por los ingleses. Y, finalmente, cumpliría su cuarta

promesa al liberar al duque de Orleans preso en París devolviéndole intacto a sus posesiones. Gilles escuchaba asombrado las palabras pronunciadas con tanta vehemencia por aquella joven que parecía a punto de romperse en cualquier momento, pero que a la vez transmitía una fuerza interior jamás percibida por el bravo guerrero. Aquello tenía el aspecto de una disparatada comedia. Una ruda mujer del campo aseguraba, sin miedo, que ella y sólo ella sería capaz de solventar los problemas enquistados de una nación sumida en el caos. Ella y sólo ella acabaría de un tajo con asuntos que provenían de un siglo atrás y que ni los mejores generales de Francia ni tropas cuantiosamente superiores a las del enemigo habían conseguido enmendar por mucha intención que pusieron. Pero lo principal era que, al margen de las dudas generadas por la entusiasta doncella, Gilles y otros como él creyeron en el mensaje que el cielo había depositado en Juana, lo que constituyó un semillero de fe justo y necesario para iniciar la ofensiva más gloriosa que vieron los tiempos. Gilles de Rais se ocupó de todos los preparativos bélicos, poniendo suma delicadeza en el pertrecho militar que debía lucir la doncella. Para ello, pagó de sus arcas una yegua alazana de espléndido pelaje con cuello ancho y lomo hundido, lo que presagiaba que era magnífica para cabalgar y muy adecuada al tamaño físico de Juana. Además pidió a un armero de Tours que hiciera a medida una excelsa armadura blanca que la muchacha ciñó sin lamentos, a pesar de las gruesas láminas de acero pulido y del pesado casco que completaban el equipo defensivo de la flamante capitana francesa. Juana ya disponía de armadura y caballo como cualquier hombre de armas de la época, pero aún faltaba algo importantísimo, y esto era la elección de su propio estandarte de guerra y de su espada personal. Ella misma indicó a las hilanderas cómo debían tejer el pendón que la acompañase en la batalla. Éste debería ser de hilo blanco fino y en la tela inmaculada se tendrían que reflejar los emblemas sugeridos por las voces del cielo: lirios de Francia bordados adornando una imagen de Nuestro Señor con el mundo en sus manos y ángeles adoradores a ambos lados del Salvador con la di-

visa Jesús, María. De igual forma se preparó para ella un escudo azul en cuyo blasón aparecía una paloma blanca con un rollo de pergamino en su pico donde se inscribía la frase *Por orden del Rey de los Cielos*. A este sacrosanto conjunto sólo le restaba incluir una espada digna de tan importante encomienda y el propio delfín quiso ofrecerle a Juana una de sus más bellas armas. Sin embargo, la joven rechazó la ofrenda argumentando que ya tenía elegida su propia espada. Y, a tal efecto, solicitó que se buscara tras el altar de la capilla de Santa Catalina en Fierbois —sita a una jornada de Chinon—, pues ella había tenido la visión de que en ese lugar se encontraba una espada en cuya hoja estaban grabadas cinco cruces, siendo la idónea para la crucial lucha que debía emprender. Su petición se atendió y, efectivamente, en ese lugar fue hallada, para alborozo de las tropas que se aprestaban a seguirla en aquella cruzada singular. Los espías ingleses estaban al tanto de estos acontecimientos y pusieron sobre aviso a los sitiadores de Orleans, quienes, algo extrañados por los movimientos franceses, se dispusieron a repeler la que ellos entendían como una fanática acción desesperada.

El 22 de abril de 1429, un documento llegó a Bruselas procedente de Lyon; había sido escrito por Sire de Roslaer, y en él se hacía referencia a unos vaticinios hechos por la doncella previos a que se produjeran los acontecimientos. Juana decía: «*Salvaré Orleans y obligaré a los ingleses a levantar el sitio, seré herida por asta en batalla previa, pero no moriré de eso, y el Rey será coronado en el transcurso del verano venidero en Reims*». A finales de ese mismo mes, la doncella se puso al frente del pequeño ejército entregado por el delfín y compuesto por apenas 500 efectivos. La muchacha enarbolaba su recién confeccionado estandarte de guerra, que lucía señorial en lo alto de la larga lanza sujeta con firmeza por la mano izquierda de la joven. A su lado cabalgaba Gilles de Rais —en calidad de protector—, dos metros más atrás les seguía Jean d'Aubon, escudero fiel de la muchacha. El contingente parecía en todo caso sumamente inadecuado para disolver por la fuerza el sitio de Orleans. Pero, como ya sabe-

mos, la fe y la esperanza en la victoria han conseguido durante siglos sortear los peligros más amenazantes derribando muros que se creían inexpugnables.

La columna se encaminó hacia Orleans con tiempo de primavera, lo que hacía crecer grandes praderas de violetas cuyo aroma envolvía las sinuosas riberas del Loira. La visión del bello paisaje enardeció aún más el espíritu de aquel grupo de valientes.

LAS CAMPAÑAS DE DIOS

Orleans protegía el paso principal del río Loira y, como ya hemos apuntado, constituía un enclave decisivo para las aspiraciones del delfín Carlos, siendo la principal de las ciudades que permanecían fieles a su causa. Desde octubre de 1428 estaba siendo sometida a un riguroso asedio por parte de un ejército inglés dirigido en principio por el conde de Salisbury, aunque éste falleció y fue sustituido por el duque de Suffolk. La superioridad británica en aquel escenario quedaba manifiesta con tropas que triplicaban en número a las de los maltrechos y cada vez más hambrientos defensores. El 29 de abril de 1429 el contingente dirigido por Juana de Arco llegó a las inmediaciones de Orleans. La impetuosa doncella sugirió la posibilidad de atacar a los ingleses en su bastión principal, situado en la cara norte de la ciudad. Estaba claro que la joven adolecía de la formación militar que sí tenían sus capitanes y, por fortuna para ella y para los intereses del delfín, Gilles de Rais asumió momentáneamente la responsabilidad de la situación y, contraviniendo las enérgicas proclamas de la joven, la cual parecía imbuida en un éxtasis místico, ordenó que la columna entrara en la ciudad por la puerta de Borgoña, situada en el lado sur de Orleans y sin enemigos que acecharan. Juana se enfadó con esta maniobra y espetó a su protector que nunca más volviera a desdeñarla en una orden, ya que ella estaba mejor asesorada que él, pues recibía mensajes del mismísimo cielo con indica-

ciones más certeras que lo que pudiese pensar un simple mortal. A pesar de ello, los soldados de refuerzo franceses entraron en Orleans por el sitio más aceptable, propiciando, gracias a esa táctica, el mejor camino hacia la victoria de días posteriores. Con el pequeño ejército enviado por el delfín, llegaron también las tan necesarias provisiones y algún material bélico, lo que sirvió de refuerzo moral y sustento para los sitiados. En la prisionera plaza, Juana fue recibida en loor de multitudes y cientos de antorchas iluminaban las calles por las que transitaba el sorprendente cortejo. Los ciudadanos, conmovidos por aquel acto de arriesgado heroísmo demostrado por una simple mujer del campo, se acercaban dispuestos a tocar sus espaldas, a besar su armadura, a acariciar tan sólo el lomo de su caballo. Cuenta la historia que una de las antorchas prendió por accidente los flecos del estandarte de Juana. Ésta, sin perder la compostura, orientó la tela hacia el suelo, donde se apagaron las llamas gracias a una eficaz maniobra en la que su yegua pisoteó el fuego. La imagen estremeció a Gilles de Rais, quien creyó ver en ese momento sublime la figura de Dios encarnada en la Tierra. Sollozando, prometió ser el campeón eterno de la doncella, por ella lucharía, junto a ella mataría y, si fuera necesario, moriría en ese trance espiritual que tanta paz y tanta tranquilidad le estaban dando. Lo experimentado por Gilles se contagió a las gentes de Orleans, conocedoras a la perfección de las leyendas que circulaban sobre la doncella. Y ahora la tenían ahí mismo, frente a ellos, dispuesta a luchar codo con codo en la liberación de esos muros tan resquebrajados por el golpe del enemigo. Con fervor aceptaron las normas religiosas impuestas desde ese momento por la muchacha, rezando el rosario y comulgando diariamente mientras se entrenaban para el combate decisivo. Juana, ante el delirio general, envió un mensaje a los jefes ingleses conminándoles a levantar el asedio a Orleans, so pena de ser pasados por las armas francesas y ser sometidos a la inclemencia de Dios. Los soberbios británicos, como el lector se puede figurar, tardaron varios minutos en contener las carcajadas para luego pasar a una rabiosa fu-

ria en la que decidieron acabar con las voces sobrenaturales de aquella insolente y, de paso, con toda la guarnición que aún defendía Orleans.

El 4 de mayo de 1429, Juana se despertó sobresaltada por una nueva orden de sus voces; había llegado el momento de atacar. Sus hombres la siguieron como uno solo hacia un enclave fortificado situado al este de la ciudad que rápidamente fue tomado. Era la primera victoria militar de Juana, y las tropas que dirigía se mostraban más determinadas que nunca para resolver la embarazosa situación. El 6 de mayo se reanudaron los combates pero, en esta ocasión, los ingleses, conedores de la fuerza divina que guiaba a sus enemigos, se retiraron sin luchar, refugiándose en el castillo de Les Tourelles, donde pretendían justificar su fama de invencibles. El sábado 7 de mayo las tropas de Orleans se prepararon para el asalto final sobre los bastiones ingleses. Juana, como de costumbre, encabezó el ataque orientando su espada hacia las posiciones enemigas mientras avanzaba en primera línea; eran las horas de mediodía y el sol iluminaba con generosidad el escenario por el que iba a transcurrir la batalla cumbre en la guerra de los Cien Años. Los franceses se dirigieron a los baluartes británicos de San Agustín y San Juan le Blanc, pero, cuando restaban escasos metros hasta las murallas de los bastiones, una nube de flechas disparadas por los ingleses cubrió los cielos hasta impactar en los cuerpos de los atacantes. La propia Juana fue herida cuando una saeta atravesó la protección de su armadura en el hombro izquierdo rasgando la piel de uno de sus senos. El dolor convulsionó su pequeño cuerpo, que cayó al suelo ante el asombro de sus hombres, que en su casi totalidad salieron huyendo en desbandada ante la presunta pérdida de su guía. Sólo Gilles de Rais, desafiando las flechas del enemigo y un más que posible contraataque, quedó en el lugar con su caballo encabritado, y con un gesto en su rostro mitad fiero, mitad consternado, desmontó para recoger a la doncella en sus brazos, salvándola de aquella situación tan aciaga. Con presteza, el militar aplicó una cura de emergencia a

su protegida, extrajo con su boca la mala sangre ocasionada por el flechazo y, sin permitir que ninguno de los suyos se acercara, cubrió con vendajes los estragos producidos por la punta de hierro. Gilles musitó palabras de mimo y cariño hacia su heroína y ésta, lejos de afligirse con el dolor, se levantó como si un resorte secreto la impulsara a retomar el mando de la situación. Estaba en juego el futuro de Orleans y ella sabía que sus voces no la orientaban por senderos equívocos. En consecuencia, se encaró con sus hombres arengándoles de tal manera que en pocas horas ya estaban dispuestos para reanudar los combates, aunque el anochecer aconsejaba esperar a una nueva jornada para intentar el asalto. El propio conde de Dunois, al que llamaban el Bastardo de Orleans, hermanastro del duque prisionero y uno de los jefes militares del ejército francés, sugirió la retirada a la espera de mejores signos. Sin embargo, Juana y sus asesores celestiales apoyados en la Tierra por Gilles de Rais habían decidido otra cosa, y esa misma noche se lanzaron a una ofensiva que por inesperada sorprendió a los crecidos ingleses. En esta ocasión sus flechas no se clavaron, dada la falta de visibilidad, con tanta precisión, y las huestes francesas consiguieron al fin llegar a los muros de los fortines británicos. Pero, una vez allí, la respuesta inglesa se volvió más contundente, causando muchas bajas entre los atacantes; el conde de Dunois ordenó una vez más que las trompetas tocasen retirada. Juana, en medio de la confusión generalizada, recibió una segunda herida, siendo de inmediato puesta bajo el parapeto de Gilles y alguno de sus hombres. El guerrero intentó socorrer a la muchacha pero ésta, presa de la rabia, levantó la voz esperando: «¡Ahora o nunca, Gilles! Es el momento de atacar y vencer a los ingleses». Gilles le replicó: «Adonde vos vayáis yo os seguiré». Ella, con mirada cómplice y ensangrentada por las heridas, tomó su estandarte y señalando al enemigo concluyó: «Un último avance, mi capitán, un último avance». En ese momento Gilles de Rais utilizó toda la potencia de sus pulmones para convocar a sus guerreros a una última refriega y a su grito de guerra se sumaron tantos como

pudieron. Juntos se empotraron en los muros ingleses, juntos los expugnaron y juntos acabaron con la resistencia feroz de sus oponentes. Fue una victoria tan inesperada como ilógica. Los franceses, en inferioridad de tres a uno, habían levantado el sitio de Orleans; sobre el terreno, más de 500 bajas inglesas entre muertos, heridos y prisioneros. Juana de Arco había cumplido con lo prometido al delfín y ahora sus banderas se enseñoreaban de Orleans, ciudad que ya era libre. El sitio había durado ocho meses y ella lo había levantado en tan sólo ocho días.

En la jornada siguiente, los restos del ejército inglés abandonaban el lugar sin que fueran perseguidos por los franceses, dado que era domingo y con tal motivo la religiosidad de Juana impidió que se efectuara ningún tipo de represalia sobre los vencidos. Ya habían tenido suficiente. Orleans había sido liberada, la leyenda popular ya era cierta. La noticia recorrió como la pólvora los caminos y campos de Francia. Todos al unísono aclamaban a Juana de Arco, quien, lejos de la complacencia, pedía insistentemente al delfín poder completar el deseo divino. El efecto galvanizador de la nacionalidad francesa era imparable, la doncella guerrera era un símbolo inequívoco de unidad. Miles de hombres se querían sumar a la causa de Juana, que, a pesar de situarse al frente de los ejércitos, nunca empuñó su espada sagrada para matar a nadie al no permitírsele su fe. Ella únicamente tomaba la vanguardia e indicaba a los soldados el camino, y éstos terminaban el trabajo. Tras limpiar la región del Loira de ingleses, el ejército francés, siempre bajo el mando de la Doncella de Orleans, fue tomando posiciones y ciudades que hasta entonces eran de imposible conquista. Bien es cierto que, en contra de lo que se pueda pensar, el delfín Carlos no surtió al ejército de Juana con las tropas e impedimenta bélica suficientes, lo que entorpeció, ostensiblemente, el buen tránsito de aquella ofensiva. En cambio, Gilles de Rais, en compañía de alguno de sus familiares, hipotecaron una parte de su patrimonio para poder así sufragar las evidentes carencias de las que las tropas francesas hacían penosa gala. Con todo, los soldados de la doncella mantuvie-

ron el empuje contra el ejército inglés, el cual, a pesar de su fuerza, retrocedía una y otra vez tras el desastre de Orleans.

El 12 de junio de 1429, Juana reemprendió la actividad bélica bajo la asesoría militar del conde de Dunois y del barón de Rais. Juntos tomaron la fortaleza británica de Jargeau, sita a escasas jornadas de Orleans, obligando al enemigo a un forzoso repliegue bajo condiciones sumamente estrictas.

El 18 de junio de 1429, los franceses, dirigidos por el duque d'Alençon y estimulados espiritualmente por Juana de Arco, se enfrentaron en Patay a un contingente inglés superior bajo el mando de Talbot, conde de Shrewsbury y sir John Fastolf. Su vanguardia, atezada por el pánico al ser atacada por la caballería francesa, se desbandó y huyó. El cuerpo principal de Fastolf mantuvo su formación y pudo retirarse a Etampes, mientras que Talbot sufrió peor suerte, siendo capturado tras haber perdido en la acción la tercera parte de sus 5.000 hombres. Fue otra resonante victoria para los ejércitos que seguían ciegamente las indicaciones de la doncella, quien se mostraba cada vez más impaciente por acreditar en Reims su segunda promesa contraída ante el delfín. La verdad es que el paso hacia dicha ciudad quedaba franco en la práctica salvo el pequeño obstáculo que suponía la plaza de Troyes, aún en manos británicas. De forma sorpresiva el enclave capituló sin mayores protocolos, dando vía libre a los franceses para recuperar Reims sin derramamiento de sangre. Por fin, el domingo 17 de julio de 1429 se pudo completar la sagrada obra emprendida por la futura santa. En ese día, de emotivo recuerdo para los franceses, Juana entró con gran solemnidad en la catedral enarbolando su estandarte de guerra. En silencio se situó de pie en un lado del altar junto al atril que se dedicaba a la lectura del Evangelio. La emoción del momento provocó en ella incontenibles lágrimas, que, tras resbalar por sus ruborizadas mejillas, quedaban depositadas entre el fulgor de su blanquísima armadura de combate. Al poco, llegó el delfín Carlos escoltado por los nobles más importantes de su causa. La ceremonia fue esplendorosa, encontrando su punto

culminante cuando la guardia de honor compuesta por el mariscal de Boussac, el almirante Luis de Colan, el señor de Granville —jefe de los arqueros— y el propio Gilles de Rais, barón de Laval, levantaron con marcialidad y firmeza el palio bajo el que se situó el heredero de la corona. Estos hombres a lomos de sus caballos subieron con destreza las gradas de la catedral hasta que el delfín se introdujo en aquella estancia sagrada. Tras ejecutar la brillante maniobra, los doce pares de Francia, como símbolo de la nación que estaba a punto de recibir un rey, rodearon a Carlos formando un círculo y, extendiendo sus manos hacia él, contemplaron cómo la corona quedaba depositada en su testa. La Doncella de Orleans, testigo privilegiado de aquel acontecimiento, no había defraudado a nadie, sus predicciones se cumplieron con la exactitud referida por sus voces sobrenaturales. ¿Qué papel jugaría a partir de ahora? El flamante Carlos VII intentó, una vez coronado, deshacerse de la molesta campesina, que si bien había constituido un elemento fundamental para su victoria, no era conveniente que un rey dependiera de la fama o las visiones de una muchacha casi adolescente que afirmaba estar en contacto con Dios; algo inaudito para cualquier orgulloso monarca y menos para él, llamado por su corte el Bienservido. En aquellos días, algunos nobles recelosos intentaron convencer a la muchacha de que su misión estaba concluida y que con la gratitud, eso sí, de Francia, debería retirarse a un discreto segundo plano. Lejos de eso, Juana aseguró que aún le restaban algunas cosas que hacer por el bien del país, y para consternación de muchos, aseguró que retomaría las armas para liberar París y otras ciudades en manos del enemigo. Por su parte, Gilles de Rais recibió los honores de mariscal de Francia cuando ni siquiera había cumplido los veinticinco años. Esta distinción le elevó por encima de sus iguales, convirtiéndole en el hombre más poderoso del momento. Su heroísmo demostrado en el campo de batalla junto a la doncella le granjeó una popularidad extrema entre los suyos, aunque observó con preocupación los recelos y desidias que rodeaban a su otrora protegida. Con tristeza aceptó que su so-

berano le desvinculara de la Doncella de Orleans, dado que por su alcurnia debía rendir servicio en otros ámbitos estatales y no custodiando las visiones de una iluminada. Por tanto, en aquel verano de 1429, la singular pareja debió separarse por orden del rey. Nunca sabremos qué hubiese pasado en caso de seguir juntos un tiempo más en aquella empresa de Dios. Lo cierto, y dada la biografía de Gilles de Rais, es que Juana fue el único amor femenino que pudo, en una circunstancia de su vida, salvarle del oscuro infierno al que se arrojaba con irremisible fuerza. La doncella fue, sin duda, la única mujer a la que amó con pasión desmedida pero no carnal, pues, como es sabido, nadie osó jamás tocar un pelo de la muchacha elegida por los cielos. La separación entre Gilles y Juana fue el principio del fin para ambos, ella se quedó sin su mejor paladín y él sin su asidero moral y espiritual, por lo que regresó sin abogados a los caminos de la vileza y el orgullo.

Una vez coronado Carlos VII, Juana, sin apenas apoyos, reanudó sus campañas militares con tropas cada vez más menguantes. A pesar de ello, sus hombres consiguieron tomar casi sin oposición la localidad de St. Denis, que apuntaba el paso hacia París, auténtica meta para la campesina de Domremy. Pero, en esta ocasión, los ángeles no fueron propicios, o tal vez sus presuntos poderes se debilitaron, pues las tropas francesas se estrellaron estrepitosamente contra las murallas de la Ciudad Luz. Los ingleses, superiores en número, ocasionaron una severa derrota al ejército de Juana, cobrándose de ese modo la oportuna venganza sobre lo acontecido en Orleans. La propia doncella volvió a ser herida y, en medio del fragor bélico, acabó siendo retirada casi a rastras por el duque d'Alençon, quien recibió, a pesar de su valeroso acto, toda la ira de una cada vez más crispada Juana. El desastre de París dio paso a la acostumbrada tregua invernal entre los contendientes, momento que quiso aprovechar Carlos VII para reconocer la valiosa ayuda que Juana de Arco había prestado a su causa. El 29 de diciembre de 1429, el rey concedió a Juana de Arco y a su familia el privilegio de poder formar parte de la nobleza francesa otorgándoles el título

lo de Du Lis, con la facultad de utilizar azucenas en su escudo de armas. Esta distinción no confortó como se esperaba la sana ambición de Juana y ese mismo invierno recibió nuevamente la visita de sus voces celestiales. Aunque, en esta ocasión, los augurios no se presentaban favorables, dado que el cielo le avisaba de su próxima captura a manos enemigas antes del 24 de junio, día de San Juan Bautista. A pesar de la seria advertencia sobrenatural, Juana tomó las armas una vez llegada la primavera y con un pequeño contingente se dirigió rumbo a la ciudad de Compiègne, dispuesta a liberarla de las fuerzas borgoñesas que por entonces la sitiaban. El 23 de mayo de 1430, Juana entró en la ciudad y con presteza organizó las defensas de la plaza mientras repelía con sus hombres dos ataques borgoñeses dirigidos por su jefe Juan de Luxemburgo, que se planteó seriamente levantar el sitio de Compiègne, pero un inesperado refuerzo de tropas enviado por sus aliados ingleses le animó a mantener el empeño, justo cuando Juana y los suyos habían iniciado el contraataque final. El infortunio, o un mal cálculo de los defensores, provocó que se izara el puente levadizo antes de tiempo, con lo que se cortó en seco el repliegue de las tropas de Juana sobre la ciudad amurallada. Este error fatal dejó a la doncella con unos pocos hombres fuera de Compiègne y a merced de los enemigos, abrumadoramente superiores, que rodearon al pequeño grupo conminándoles a la rendición. Juana fue reducida a golpes por un arquero y, en medio de gritos victoriosos, se la condujo ante la presencia del duque borgoñés, quien no quiso ocasionar a la doncella daño alguno a la espera de noticias o indicaciones inglesas sobre qué se debía hacer con tan insigne prisionera. Los británicos, como es obvio, exigieron la entrega de la cautiva premiando a Juan de Luxemburgo con un cuantioso botín. Pero se planteaban algunas dudas sobre qué trato otorgar a una pequeña mujer del campo que les había humillado en Orleans. ¿Era prisionera de guerra o más bien se trataba de una vulgar hechicera cuyas dotes visionarias fueron pretexto para la guerra? Era difícil tomar una decisión. Si se la juzgaba como militar, poco o nada se podía objetar ante el arrojo y valentía demostrados en la defensa de

su causa. Cualquier otro soldado de acreditado valor hubiese hecho lo mismo bajo bandera. En cambio, si se la llevaba a juicio con la sospecha de herejía, brujería, blasfemia o algo similar, se podría humillar lo que representaba y de paso se minusvaloraría su efecto decisivo sobre las tropas del enemigo. Para su desgracia, esta segunda opción fue la que se tomó en cuenta con la complicidad de los borgoñeses, del propio Beauvais, obispo de Compiègne y de la titubeante Universidad de París. Todo estaba preparado para uno de los juicios más degradantes de la historia sin que Carlos VII —rey coronado por Juana— quisiera hacer nada por impedirlo. Ése fue el agradecimiento mostrado hacia la mujer que posibilitó su reinado. Seguramente, la Doncella de Orleans se había convertido en un elemento demasiado perturbador para ese infeliz sujeto. Así pues, nadie movió un dedo para impedir que Juana fuera internada en el castillo de Rouen —capital de Normandía—, donde esperó resignada su suerte.

Las condiciones de vida en una fortaleza del siglo XV no eran las óptimas para una joven virgen de diecinueve años. Juana solicitó ser recluida en las dependencias de una iglesia donde pudiera ser asistida por mujeres, pero, incomprensiblemente, le denegaron esta gracia, manteniendo su cautiverio en una celda custodiada por soldados ingleses. Mientras esto sucedía, Gilles de Rais, al tanto de los acontecimientos, se presentó ante Carlos VII dispuesto a organizar el rescate de su antigua protegida. La entrevista con el rey no pudo ser más grotesca. El mariscal, atenazado por el dolor, solicitó de su monarca hombres y pertrechos suficientes para el asalto de Rouen. Carlos, indolente de forma fingida o no, aseguró que tal empresa no era factible y que intentar salvar a la doncella sólo supondría un desastre para sus tropas. De todas formas, la muchacha ya no era imprescindible para su causa y el ejército sería más útil en los futuros compromisos bélicos que lo enfrentarían al enemigo inglés. Gilles, perplejo por lo que estaba escuchando, subió el tono de su voz para increpar al timorato soberano: «¿Quién es este rey que niega a su salvadora la posibilidad de ser recuperada de manos inglesas?». Carlos permane-

ció en silencio ante la pregunta. Gilles, enfurecido por lo que entendió una conspiración, espetó: «Sólo sois un miserable bastardo que se sirvió de la pureza demostrada por la doncella para alcanzar sus fines. ¡Os desprecio!». Tras esto, el mariscal se arrancó sus distintivos, en los que figuraba la flor de lis, y, pisando el emblema, abandonó la estancia ante el estupor de los nobles que rodeaban al trémulo rey, que no levantó ni un solo dedo contra aquel que tanta gloria le había entregado en los campos de batalla. Gilles de Rais decidió armar por su cuenta una compañía de mercenarios que le acompañase en la acción de liberar a Juana de sus captores. Mientras esto se producía, en Rouen se iniciaban los preparativos para el juicio. ¿Llegaría Gilles de Rais a tiempo de culminar con éxito su particular empresa?

Su anterior éxito

ENIGMA

DE LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO
AL ASESINATO DE KENNEDY

Juan Antonio Cebrían y los tertulianos de
«La zona cero» del programa *La Rosa de los Vientos*
descifran los grandes misterios de la historia.
Más de 50.000 ejemplares vendidos desde junio



